

CANTO XXXVIII.

Preséntase Marfisa al emperador Cárlos. — Bautizo de aquella guerrera. — Astolfo, despidiéndose de S. Juan, se prepara á marchar contra Biserta. — Consejo celebrado por Agramante. — Háblase de poner fin á la guerra con un combate singular, para el cual designan los moros á Roger, y los cristianos á Reinaldo. — Ceremonia del juramento. — Vienen los dos campeones á las manos.

Amables damas, que á mis toscos versos
Dais atencion, bien noto cual ofusca
Vuestros semblantes tersos
Del paladin esta partida brusca,
Que, poco ménos que á su bella dama,
Dolor os causa vivo,

Y os hace suponer que él ya no la ama.

Cual vos pensara yo, si otro motivo
Que el que hoy le impele á acelerar el paso
Animara á Roger. Mengua, desdoro
Y baldon le cubriera, si de Craso
O de Creso lo hiciera por el oro;
Mas gloria eterna, en mi concepto, debe
Alcanzar; pues no ignoro
Que de este mundo es el mayor tesoro
El noble impulso que á partir le mueve.
Y si, obstinada, Bradamante acaso
Se opusiera á este honroso sacrificio,
Diera evidente indicio

De poco amor ó entendimiento escaso.

Anteponer debe á su propia vida
La de su amado el que de veras quiere;
De veras, pues, no quiere aquel que olvida,
Por efímero goce de un instante,
Los riesgos que amenazan de su amante
Al honor, prenda cara,
Cuya pérdida nunca se repara.

Sin legítima causa, sin pretexto,
Abandonando á su señor, es obio
Que de mengua y de oprobio
Se llenara Roger en este día.

Yendo á su encuentro, obró como debía;
Que si Almonte á su padre dió la muerte,
Culpa de ello Agramante no tenia;
Ántes colmando al héroe de favores,
Lavó de sus abuelos los errores.

Cual Roger, su deber la virgen hace;
Que, bien que inquieta y triste,
Por estorbarla de partir no insiste.
Si á su amada hoy Roger no satisface,
Verla podrá mas tarde satisfecha;
Mientras á aquel que al honor falta un momento,
Nada por recobrarlo le aprovecha
Fatigarse despues un año y ciento.

Vuélvese el héroe hácia Arles, do Agramante
Reconstruye su ejército deshecho.

Marfisa y Bradamante,
A quienes ligan hoy con lazo estrecho
El parentesco y la amistad, al campo
Van donde Cárlos de su esfuerzo se halla
Dispuesto á dar la prueba decisiva,
Esperando, con cerco ó con batalla,
Lanzar de Francia á la canalla altiva.

No bien llega al cristiano campamento
La guerrera de Amon, es acogida
Con señales de público contento.
La nueva al escuchar de su venida,
Con Reinaldo acudiendo Ricardeto,
Ricardo y sus parientes, la saludan
Llenos de amor, de júbilo y respeto.

Presto, oyendo que aquella que acompaña
Sus pasos es la célebre Marfisa,
Que, del Catay hasta el confin de España,
Cubre de palmas cuanto suelo pisa,
Grandes y chicos salen de sus tiendas,

Y en tropel apiñado se confunden,
Se empujan y contunden
Por ver á las dos damas estupendas,
Que, de Cárlos llegando á la presencia,
Se postran á sus pies con reverencia.

Este, afirma Turpin, el primer día
Fué que pudieron de un mortal los ojos
A la ilustre Marfisa ver de hinojos,
Pues que de tantos reyes
Cristianos y agarenos, tan famosos
Por su virtud y su poder, el hijo
De Pepino es el solo á quien se digne
La dama hacer una honra tan insigne.

Cárlos le da benévola acogida,
Y hácia sus tiendas retornando presto,
A sentarse á su lado la convida
De principes y reyes en el puesto.
A la turba en seguida,
Que de grado no parte, despidiendo,
Quedan solo en los regios pabellones
Príncipes, paladines y barones.

« Invicto rey, » con voz dulce y sonora
Dice Marfisa, « emperador augusto,
« Que de Calpe hasta el reino de la aurora,
« Del blanco Escita hasta el Etiope adusto,
« El brazo extiendes poderoso y justo,
« Armado de la cruz que el mundo adora,
« Tu fama, que algun término no encierra,
« Me trajo aquí desde remota tierra.
« Mas la verdad celarte no pretendo :
« La envidia solo á declararte guerra
« Me movió, no queriendo
« Que un príncipe de fama tan preclara
« Ley á mi ley opuesta profesara.
« Por eso con la sangre del de Cristo
« Regué la tierra tanta vez ; por eso
« Te juré guerra y odio, lo confieso,
« Cuando feliz. no ménos que imprevisto,

« Trocó en amor mi cólera un suceso.
« Cuando á hacer á tu ejército mas daño
« Yo me aprestaba con altivo alarde,
« Vino un portento extraño,
« De que despacio te hablaré mas tarde,
« A revelarme que Roger de Risa,
« A quien mató su hermano, fué mi padre,
« Y cual allá del mar mi triste madre,
« Muriendo, me parió. Supe asimismo
« Que, al cabo de siete años, fui robada
« Al mágico por quien fui educada.
« Vendida como sierva
« A un rey de Persia, muerte le doy luego
« Que osa con lengua impúdica y proterva
« Manifestarme su amoroso fuego.
« A su corte, á su raza doy la muerte ;
« Y tan grande es mi suerte,
« Que el año de mi edad décimo octavo
« Apenas he cumplido, siete reinos
« Por someter á mi obediencia acabo.
« Entónces fué cuando, de tu alta gloria
« Envidiosa, el proyecto,
« Bien que dudosa de llevarlo á efecto,
« Concebí de arrancarte una victoria.
« Mas hoy, que sé los lazos que contigo
« Me unen, señor, depongo mi coraje,
« Y, cual aquel de quien nací, me obligo
« A prestarte obediencia y homenaje.
« Cual Roger, que tu deudo fué y tu siervo,
« Mi enojo pues reservo
« Contra Agramante y su familia impía,
« A cuyas manos pereció la mía.
« Cristiana quiero ser, y conseguido
« Mi anhelo de vengarme de Agramante,
« Tu permiso te pido
« Para partir de nuevo hácia el Levante,
« Bautizar á mis súbditos, armarlos,
« Declarar guerra á cuantos todavía

« Adoran à Mahoma y Trevijante,
« Y naciones y reyes
« Someter à tu culto y à tus leyes. »
Cortes, no ménos que prudente y sabio,
Con elocuente labio
Cárlas, de la doncella y de su raza
Ensalzando el valor, por su pariente
Reconócela al fin; se alza, la abraza,
Y, cual à su hija, bésala en la frente.

Este ejemplo siguiendo, alegre, ufana,
Llega hácia ella la gente
Toda de Claromonte y de Mongrana.
Imposible seria
El júbilo pintar y la alegría
De Reinaldo al mirar à la doncella,
De quien, siguiendo con afán su huella,
En Albraca admiró la bizzarria.

Arduo asimismo fuera
Narrar la admiracion de Sansoneto,
De Guidon, de Grifon y de Aquilante,
Que à la infame ciudad fueron con ella,
Y de Mangis, Viviano y Ricardeto,
Testigos de su triunfo en la querella
Que contra el de Maguncia y el de España
Sostuvo con audacia tan extraña.

Todo el dia siguiente
Buscan ellos con ansia, y Cárlos mismo,
Un sitio ornado convenientemente
Para la ceremonia del bautismo;
Cárlos congrega obispos y prelados
En la cristiana Religion versados,
Mandando luego à cada qual que instruya
Sobre un misterio à la allegada suya.

De alba pontifical, con pompa, vino
Cubierto el arzobispo, y la bautiza
Ante el rey, que, sirviendo de padrino,
La bella ceremonia finaliza.

Mas volver es preciso



Astolfo despidiéndose de S. Juan. (T. II, p. 309.)

Al paladin bizarro
 Que, de Elías montado sobre el carro,
 La mas baja region del paraiso
 Deja, y los lindes toca de la tierra
 Con la preciosa ampolla en que se encierra
 El licor que curar debe la mente
 Del príncipe de Anger. Yerba excelente
 Muestra allí Juan al duque de Inglaterra,
 Con cuyo jugo en breve
 Tornar la vista al rey de Nubia debe.

A este nuevo favor agradecido,
 Para atacar los muros de Biserta
 Gente Senapo le dará. Los medios
 De hacer de esta inexperta
 Chusma, bien pronto, ejército aguerrido
 Dale el Apóstol; y le muestra luego
 Como podrá sin riesgo la desierta
 Region atravesar de polvo y fuego,
 Donde todo el que pasa queda ciego;
 Mándale, en fin, que monte
 Sobre Hipogrifo, y que á partir se apronte.

Del Apóstol así con el permiso
 Desciende el duque inglés del paraiso;
 Y, guiado del Nilo por el curso,
 Del rey de Nubia en los estados entra,
 Y en su corte al que busca al fin encuentra.

Grande fué del monarca agradecido,
 Al saber su llegada, la alegría;
 Que el favor recibido
 Del guerrero recuerda todavía.
 Mas mil veces mayor fué cuando vido,
 De ante sus ojos descorrerse el velo
 Que le privaba de la luz del cielo.
 Cual si un Dios viera en él, de maravilla
 Lleno Senapo, ante el breton se humilla,
 Y el número no solo que le pide,
 Sino cien mil guerreros mas le entrega,
 Y á regirlos, si quiere, se decide.

En un inmenso llano se congrega
Esta asombrosa multitud de infantes;
Pues pobre es de caballos esta tierra,
Bien que abunda en camellos y elefantes.

La noche ántes del día
En que partir debía
Este ejército, Astolfo en Hipógrifo
Torna á montar, y vuela á toda prisa
Hacia el Sur, hasta tanto que divisa
El monte en cuyas simas cavernosas
Nace el austro, enemigo de las Osas.

Siguiendo del Apóstol el consejo,
Lleva consigo el príncipe un pellejo,
Y del antro en la boca
Con tal sigilo y arte lo coloca,
En tanto que al reposo
Yace entregado el noto estrepitoso,
Que cuando este á salir va descuidado,
Se encuentra en el pellejo aprisionado.

De esta aventura el paladin se alegra,
Y, hacia Nubia volviendo el mismo día,
Se pone en marcha con la gente negra
Y con cuanto á su empresa convenia.

Por la menuda y abrasada arena,
Sin temor de que el viento le moleste,
En direccion del Atlas con su hueste
Camina el bravo príncipe britano.
Llegando, en fin, á un sitio de do el llano
Y la playa descubre, de su gente
La mas disciplinada y mas valiente
Entresacando, fórmala á la falda
De un collado, y, dejándola á su espalda,
Cual hombre á quien alto designio anima,
Solo y veloz dirigese á la cima.

Orando allí devoto, se prosterna,
Cierto de que este ruego
Será escuchado en la mansion eterna.
En abundancia luego



Consejo de Agramante (T. II, p. 311.)

Piedras rodando al pié del cerro envía,
Y ¡oh gran poder de aquel que en Dios confía!
Las piedras de volúmen
Aumentando al bajar, súbito en piernas
Y en cuerpos de caballos se resumen.

Bayos los unos, alazanes otros,
Con relinchos las grupas agitando,
Descienden ensillados estos potros
A la llanura, donde en breve instante
Se transforma en jinete cada infante.
De ochenta mil y ciento y dos de aquestos
Hizo Astolfo otros tantos caballeros,
Con los cuales el África recorre
Cargado de botín y prisioneros.

Encomendado hasta su vuelta habia
De su reino Agramante la defensa
Al rey de Fez y al rey de Algaceria,
Estos y el rey Branzardo,
Al ver la hueste inmensa
Que al mando viene del inglés gallardo,
Su furia quieren contrastar; mas ántes
Despachan una nave,
Que, el mar atravesando á toda prisa,
Llega á Provençia, y de su riesgo grave
Al gran monarca musulman avisa.

A Cárlos de su campo á media milla
Viendo en tanto Agramante, reflexiona
Con cuanta sinrazon, con que mancilla
Sus reinos abandona
Por ir á conquistar reinos ajenos,
Y en torno á su persona
Congregando á los jefes agarenos,
Y de sus luces reclamando auxilio,
Hácia Sobrino y hácia el rey Marsilio
La vista tiende, y habla así: « No ignoro
« Cual redundá en desdoro
« De un caudillo decir: No pensé en ello.
« Decirlo empero hoy debo yo, y excusa

INSTITUTO DE CIENCIAS Y LETRAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LIS"
CALLE DE LOS ANTONES 107